

RUIZ ARRIOLA

La debacle panista en Jalisco y en el país se puede explicar en siete palabras: arrogancia, hipocresía, corrupción, derroche, ineptitud, indiferencia y servilismo.

Emilio y sus siete pecados capitales

CLAUDIA RUIZ ARRIOLA

No sé, mis dos lectores, pero desde el domingo pasado yo traigo un íntimo regocijo que, como la tinta indeleble del pulgar, nomás no se me quita. No es que el retorno del PRI me tenga muy contenta, pero habiendo llegado hace mucho a la conclusión de que tan mala Chana como Juana, asistir a la transición del gobierno del Cavernal Sandoval por el de Aristóteles *ídem* no me desagradaba (al menos el nombre del segundo me trae buenos recuerdos y suena maravillosamente pagano).

Mi alborozo procede de varias fuentes: viene de constatar una vez más la pulcra y eficiente labor del IFE; de descubrir que los ciudadanos sin presupuesto podemos más que un caudillo con ínfulas mesiánicas o que un montón de partiditos lambiscones y agachados; procede de ver cómo el electorado rechazó a la izquierda transa que hace tres años estuvo a un tris de la Presidencia; pero, sobre todo, mi jolgorio surge de ver el revolcón que se llevaron quienes se creían "intocables" en todo el país, y sobre todo en Jalisco (Lalito Rosales y Emilio a í les hablan).

Claro que los principales responsables de la debacle del panismo jalisciense andan retorciéndose, cual lombrices epilépticas, para evadir su paternidad, porque a estos santos varones panistas lo caquengue no se les qui-

ta ni ahogándose en agua bendita. Pero los datos no mienten: si el domingo pasado los electores prefirieron poner al impresentable PRI al mando de las alcaldías y el Congreso local es sin duda por el creciente despotismo con el que Acción Nacional ha venido gobernando un estado que, hasta el 5 de julio, consideraba "suyo". Esta forma de gobierno —basada en siete actitudes nefastas que han alcanzado su paroxismo bajo el actual gobernador— ha ido erosionado la imagen del PAN hasta convertirlo en lo que hoy representa para miles: una alternativa más despreciable que el PRI o el PRD.

Hoy, a los próceres del panismo en Jalisco no les caería mal acudir al confesionario, como ya han hecho el líder nacional Germán Martínez y "El Jefe Diego" (*Reforma*, 07/07/09), para hacer su acto de contrición por los siete pecados capitales que los llevaron a perder la metrópolis que alguna vez fue el inexpugnable bastión de su fe. Y para facilitarle a Emilio el examen de conciencia ahí les va una idea de lo que el cacheteado gobernador pudiera decirle a su confesor y guía espiritual una vez pasada la fórmula tradicional del "Ave María Purísima, sin pecado original concebida", con la que, me informan mis fuentes, todavía inicia el sacramento de la reconciliación:

"Acúsome padre de haber incurrido en el pecado de soberbia, de haberme creído por encima de la ley del karma, que determina que a cada acción le corresponde su consecuencia; de haber caído en la suprema arrogancia de creer que era dueño del estado y que esa posición me permitía ser vulgar, insultar a los ciudadanos que debía servir, desentenderme de lo que pensarán y mentarles la madre. Acúsome padre de



hipocresía: de haberme presentado como el santo que no soy, de haber usado la sotana albi azul –al más puro estilo del Padre Maciel– para disimular mi corrupción íntima y engañar inocentes predicando virtudes teológicas e idearios éticos que estoy a años luz de practicar. Acúsome padre de corrupción: de haber hecho caridades personales con dinero ajeno para garantizar mi lugar en esa hemeroteca de egos que es nuestro santoral local y, no conforme con no ocultar mi postiza munificencia, hacer alarde en estado alcoholizado del desprecio que me ameritaban quienes me confiaron su dinero y su mandato.

“Acúsome padre de derroche: de que, a sabiendas de que muchos de mis gobernados adolecen de los servicios básicos que un gobierno está obligado a brindar, yo preferí echar la casa por la venta en el equivalente político de la boda de rancho, trayendo espectáculos frívolos con tal de que Televisa, ESPN y MTV me dieran tiempo-aire. Acúsome padre de ineptitud déspota: de no haber sabido utilizar un Congreso a modo para fortalecer la democracia, sino haber instruido a ‘mis’ serviles diputados para que manosearan, amorda-

zaran e impusieran dóciles marionetas en cada uno de los institutos ciudadanos que osaron criticar mi labor.

“Acúsome padre de indiferencia porque –hasta el domingo pasado– con actos y palabras demostré ser autista cuando los ciudadanos me quisieron hacer ver su oposición o punto de vista, sin darme cuenta que esos ‘poquitos’, cuya opinión declaré ‘me valía madres’, acabarían creando la avalancha de votos de castigo que sepultó a mi partido. Y, finalmente, acúsome Señor Cardenal de servilismo, de haber violado consuetudinaria y deliberadamente la laicidad del Estado poniendo su bendición por encima del cumplimiento de la ley y de la voluntad del ciudadano”.

Seguramente el cardenal absolverá a Emilio de sus pecados y le impondrá como penitencia un par de Avemarías, pero –como el panismo tendrá que asimilar de cara al 2012– los electores ni somos, ni tenemos por qué ser, tan benévolo con sus penitentes ni tan complacientes con sus pifias.

En el ejercicio de gobierno, la imagen del PAN se fue erosionando hasta convertir al partido en algo menos aceptable que PRI o el PRD.